

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXI
Julio-Diciembre 2005
Número 40

SUMARIO

ESTUDIOS

Card. Carlos Amigo <i>Valores cristianos en una cultura globalizada</i>	281-300
Miguel García-Baró <i>La significatividad del cristianismo en nuestro contexto cultural</i>	301-323
José Luis Parada Navas <i>La ética teológica en la cultura</i>	325-356
José Antonio Abrisqueta Zarrabe <i>Genética y vida humana. Desafíos actuales</i>	357-370
Ignacio Jericó Bermejo <i>La potestad de jurisdicción del Papa y la de los Obispos. Enseñanza de Domingo Ibáñez (1584)</i>	371-419
María José Olivares Terol <i>Análisis codicológico y paleográfico del códice «IV Libros de Sentencias de Pedro Lombardo» (AFPC, Ms. A. 1.)</i>	421-438
Juan González Castaño <i>Correspondencia del P. Fray Pablo Manuel Ortega con Don Gregorio Mayans y Siscar</i>	439-476

NOTAS Y COMENTARIOS

Gonzalo Fernández Hernández <i>Tres problemas de la historia eclesiástica de Rusia: la asunción oficial del título de zar en 1546 por Iván IV el terrible (1533-1584), el mito de Moscú como tercera Roma en el cisma de los Viejos Creyentes</i>	477-487
Pedro Ruiz Verdú <i>Trinidad y comunión</i>	489-494
Manuel Lázaro Pulido <i>La creación en Buenaventura</i>	495-500
BIBLIOGRAFÍA	501
LIBROS RECIBIDOS	537
ÍNDICES	543

VALORES CRISTIANOS EN UNA CULTURA GLOBALIZADA

Card. CARLOS AMIGO

Introducción

Complace decir que tenemos el mundo al alcance de la mano. Que el universo se ha hecho más pequeño, no por haber disminuido de tamaño, sino porque lo tenemos casi al alcance de la mano, y sabemos, en un tiempo inmediato, lo que está sucediendo en los rincones más escondidos en el planeta.

Aunque todo eso de la pequeñez y del conocimiento no sea del todo exacto y el mundo sea más grande, complejo y desconocido de lo que creemos (¿Dónde están los verdaderos caminos de la paz? ¿Por qué no se erradica el sida? ¿Qué redes son las que mueven y amparan el terrorismo?), lo cierto es que, al mismo tiempo que decimos palabras de universalismo, cada vez se ponen más alambradas para defender nuestro propio territorio.

A lo pequeño y de lo grande nos hemos de referir también cuando hablamos de la misma existencia, de la vida. Y aquí, la palabra más empleada y recurrente es la de calidad. Se hace sinónimo de bienestar, aunque una gran parte de las gentes de este mundo tiene que luchar a diario por algo tan imprescindible como es la misma supervivencia.

En la contemplación del mundo, y de tantos problemas, amenazas y preocupaciones en que está inmerso, viene a presentarse un aviso de cautela. Que no es prudencia sino miedo. El rico, el poderoso, el que tiene, se atrincherará cada vez más en su riqueza, poder y bienestar, considerando al pobre y el desheredado como un potencial enemigo del que hay que defenderse, ya sea con las armas, con el paternalismo o con la indiferencia. Esa parte del mundo, que podemos llamar rica, más que unida puede estar amontona-

da. Están todos de la misma parte, pero sin unos valores y objetivos verdaderamente comunes y compartidos. Bastaría para ello acercarse a las grandes urbes mundiales, continentales, regionales.

Es la unidad baluarte que nos defiende de la anarquía, de la dispersión, de la ineficacia, pero con tal de que valore y respete la diversidad, la individualidad, los valores propios, la cultura, la idiosincrasia, la historia y las aspiraciones de los pueblos. El despotismo de la unidad a todo precio no construye la paz. La unidad se conquista, no se impone.

Repetimos, sin mucha reflexión quizás, el principio de pertenencia a una sociedad globalizada y a una comunidad universal en la que da la impresión de que está más operante la globalización de la injusticia que la del derecho, la de la indiferencia que la de la solidaridad, la del interés que la de la generosidad, la de la corrupción que la de la fidelidad. Parece ser, pues, que la injusticia, la indiferencia, el desinterés y la corrupción también están globalizadas. Todos han de tener cabida en el mundo, pero los verdaderamente excluidos no pueden ser los pobres, los olvidados y los oprimidos sino los injustos, los violentos, los prepotentes y los corruptos.

Gozar del bienestar es aspiración universal, pero solamente puede conseguirse el deseo cuando el camino pase verdaderamente por todos los pueblos y vaya aprendiendo, en cada uno de los lugares de su recorrido, las lecciones que puede dar la historia, la cultura y los valores que cada uno ofrece.

El abismo de las desigualdades estaba marcado por la relación norte-sur. Un concepto más social que geográfico. Norte y sur no son lugares sino situación y diferencia, que también hay sur de mayor exclusión en el mismo sur, y pobreza y diferencias entre pueblos y regiones del norte.

Esa cultura globalizada es más conceptual que realidad compartida, se valora o se abomina según sea la torre en la que cada uno se sitúe para mirar el mundo. Cuenta mucho la perspectiva. Los hombres del Banco Mundial y los indigentes del Chad seguro que opinan de una manera diferente sobre la globalización. Para unos, un potencial mercado de proporciones increíbles. A otros, los parias de cualquier sitio, ni siquiera se les presenta la oportunidad de opinar.

Para no caer en el tópico del mal trabajador, que siempre echa la culpa del fracaso a la inutilidad de la herramienta, trataremos de acercarnos a esta llamada cultura global, a la globalización, y verla como posibilidad para el desarrollo armónico y justo de la humanidad. Lo de la armonía ha de referirse al bienestar, a la felicidad del hombre, en definitiva. De lo justo, nunca se podría hablar sin tener como base el incuestionable reconocimiento efectivo de unos derechos y unos recursos en los que pudiéramos participar todos.

En esa mirada universal no se descubre tanto un mundo o espacio vital, cuanto las personas que forman una gran familia. Tan diversificada como plural, tan distinta como unida por unos grandes valores comunes. Si son desiguales, aunque las raíces sean comunes, es lógico que esté presente el mismo criterio de la desigualdad. Y no pretender considerar como iguales a los que son diversos por tantos motivos. También aquí se podría dar la injusticia al desconocer el derecho a la diferencia. Iguales son los hombres y mujeres de Suecia y de la región de los Grandes Lagos en el corazón de África, pero el nivel de bienestar de unos y de otros raya en una diferencia casi abismal.

1. *¿Qué es la globalización? Acercamiento a una definición imposible*

Encontrar una definición, más o menos precisa, de lo que es la globalización, es tarea decepcionante, pues no hay discurso, artículo, conferencia que se precie de tal, que no incluya en el sumario la referencia a la globalización. Pero son casi tantos los que hablan de ello, como los que poco saben a lo que en concreto se refieren.

«Nueva articulación entre las naciones, grupos regionales de países y gobierno mundial». Así se hablaba en el mensaje final del congreso social, «América Latina y Unión Europea: juntos para el bien común universal. Contribución de la Iglesia», celebrado el pasado 2002 en El Escorial. Una definición más que añadir a los cientos de las ya propuestas.

No solo es un tema de palpitante actualidad, con grandiosas cumbres y multitudinarias protestas, sino una de las cuestiones más debatidas en los foros más diversos. La globalización es para unos la gran conquista social y la mejor esperanza para del futuro. Otros están convencidos que no servirá sino para abrir más la brecha entre los países, las gentes, ricos y pobres.

El fenómeno de la globalización -decía Juan Pablo II- se ha convertido hoy en un hecho cultural, en una dificultad y en una oportunidad. Por una parte, el proyecto global permite superar las barreras entre las culturas y da a las personas la posibilidad de encontrarse y conocerse, pero respetando lo que es propio de los individuos y de las culturas. Hay, también, grandes interrogantes sobre el hombre y sobre su futuro, para que sea reconocido en toda su dignidad y sea el criterio último de las decisiones sociales.

La solidaridad tiene que ser el verdadero desencadenante de la globalización, pero sin limitarse a lo económico. Y desdichadamente los países más ricos no suelen estar sobrados de valores que enseñar. El consumismo, la permisividad moral, el hedonismo y la corrupción no son, no deben ser exportables. Si la globalización supone compartir medios, conocimientos,

investigación, comercio, no será plenamente aceptable mientras no se ofrezca, al mismo tiempo, un intercambio de valores que puedan ser asumidos por todos.

Si la globalización es nada más que un proceso sustitutorio de una forma de vivir por otra, del imperio de un nacionalismo autóctono por el de otro económico-universalista, el de una empresa local por otra multinacional, el de una religión por la religión de un ateísmo militante para todos, entonces la globalización no sería más que un colectivismo bastante criticable en muchos aspectos y ciertamente rechazable en otros.

Se debe valorar la apertura a nuevas e inéditas posibilidades de desarrollo y de participación: intercambio de recursos y potencialidades; sentido de corresponsabilidad y de subsidiariedad; valores de equidad y del compartir; unidad en la diferenciación; responsabilidad ecológica global; reconocimiento práctico de derechos universales, etc.

Desde el punto de vista humano y religioso: un fascinante camino de reconciliación universal, de acercamiento entre los hombres, los pueblos, la cultura y la naturaleza, la persona y Dios. Vale también, en este asunto, lo que Juan Pablo II afirmaba sobre el desarrollo: una globalización que no abarque la dimensión cultural, trascendente y religiosa del hombre y de la sociedad contribuiría muy poco a la verdadera liberación. El ser humano es totalmente libre sólo cuando es él mismo, en la plenitud de sus derechos y deberes; y lo mismo cabe decir de toda la sociedad (*Sollicitudo rei socialis* 46).

Hay unas cuestiones de fondo. Si la globalización está puesta al servicio del hombre, bienvenida sea. Pero no nos puede servir un proyecto global sin un claro respeto a los principios de la solidaridad y de la subsidiariedad.

Una buena oportunidad es esta para el encuentro y el diálogo, para mejorar en el conocimiento y el apoyo recíproco, para acercar desigualdades, para crecer en la justicia y en la solidaridad, para fortalecer una clara conciencia de pertenencia a la misma familia humana.

2. Posibilidades y objetivos de las globalización

Se pretende que la globalización sea un verdadero motor para un desarrollo generalizado y, por supuesto, sostenible. Después de aquella lejana revolución industrial, ésta sería una espectacular innovación tecnológica que iría de la mano de una notable revolución cultural en la que la educación alcanzara cotas notables de calidad.

Entre las posibilidades, está la imprescindible del acercamiento de aquello que está lejos, y no sólo por la extensión global de las comunicaciones, sino por el intercambio cultural y personal. Verdadera comunicación uni-

versal en el sentido más amplio de la palabra. El mundo no se hace más pequeño, pero sí mejor conocido y con unos resultados estimables de convergencia de líneas históricas y culturales distintas.

Acercar, pero para la cooperación recíproca y circular que no puede tener otro nombre y otros efectos que no sean los de la solidaridad. Se trata, como es obvio, de una igualdad de oportunidades en la integración y el reparto de los logros conseguidos por la humanidad. Una descentralización, no de aislamiento, sino de participación con las diferencias y competencias adecuadas.

Pero todo ello encaminado a generar valores de auténtica humanidad, para lo que es imprescindible el tomar conciencia de que la mejor inversión que se puede hacer es en capital humano, en la formación integral de las personas y el desarrollo armónico de los pueblos. Sin duda que a ello ha de contribuir un mejor conocimiento (cultural, religioso, político), que no sólo elimina los prejuicios de la ignorancia, sino que promueve el entendimiento entre las personas y la colaboración en las causas justas y comunes. Imprescindible es el reconocimiento efectivo del valor incuestionable de la libertad y del diálogo abierto y constructivo a todos los niveles. Pues solamente desde una responsabilidad compartida se pueden alcanzar unos objetivos tan estimables como difíciles de lograr.

Aquí entra de lleno el tema de la justicia en la que todos estén incluidos y a todos se reconozca, especialmente a los más desfavorecidos, a las minorías más olvidadas. Lejos de humillantes proteccionismos y, en consecuencia, con los mejores valores de la democracia, el respeto y la libertad.

En resumen, la globalización es una posibilidad de acercamiento, cooperación, unidad plural, ampliación de las relaciones personales y responsabilidad colectiva.

3. Peligros y desconciertos en una cultura global

Todos hablan de globalización. Pocos son los que nos dicen los resultados de este proyecto universalista. Para algunos, más parece una utopía insostenible que un proyecto viable y que a lo único que puede conducir es a un relativismo generalizado. Son palabras y casi nada más. El primer elemento negativo es el mismo carácter de indefinición. Todos hablan de algo que no se sabe bien lo que es.

Existen serios temores de una excesiva influencia de las naciones más desarrolladas sobre aquellas menos capacitadas. Una vez más, los fuertes serían quienes estarían en el primer plano del interés. Del colonialismo se pasaría a la interdependencia, no en un nivel igualitario sino de real sumi-

sión económica, cultural y política de las minorías respecto a la poderosa mayoría y, en consecuencia, al paternalismo proteccionista como camuflaje de un verdadero egoísmo. Con alguna ironía se ha dicho que el mendigo seguirá siendo mendigo, pero mendigo global.

Si se trata de imponer unas formas culturales ajenas al propio país en aras de la homogeneización y de la uniformidad, los resultados no podrían ser más negativos, pues junto a la culturización irá la economía y «mientras las nacionales enflaquecen, las multinacionales engordan». El consumismo se desborda y la liberación comercial supone la caída del comerciante débil. Ha llegado el colonialismo económico, el mercado inestable, la dependencia económica y la deuda exterior.

El coste social tendrá un elevado precio que, naturalmente, será más gravoso para los más pobres. La mano de obra se sustituye por la tecnología y el hombre por la máquina, pero los que se forman para manejarla se educan en el extranjero y se quedan en el extranjero. Igual sucede con los dirigentes mejor dotados.

Exclusión y discriminación estarán al orden del día. Y lo que llegará a los países pobres es lo que, en no pocas ocasiones, se ha desechado en las naciones ricas, abriendo más, como es lógica consecuencia, la brecha entre países ricos y pobres. Asimetrías y desequilibrios en la formación, en la utilización de ciencia, tecnología y recursos. La endémica tensión y diferencia entre norte y sur parece imposible de superar.

La usura no se refiere únicamente al dinero. Pues hay prestaciones tan imposibles de pagar que conducen inexorablemente a una esclavitud económica, cultural, tecnológica, humana. Los elementos discriminantes y la exclusión son inevitables y ha triunfado el interés particular sobre el bien común.

En resumen, los enemigos de la globalización ven en este proceso: indefinición, paternalismo, masificación, economicismo, degradación social, desequilibrio norte-sur y, en definitiva, injusticia.

4. La cultura global: una realidad ineludible

Metidos como estamos en una dinámica universalista (se puede ser locomotora o último vagón, pero todos vamos en el mismo tren), es imposible, y nada prudente ni oportuno, querer aislarse en esta concertación universal. Tendremos que eliminar obstáculos a la comunicación y al acercamiento; tender puentes de ideas compartidas; atar bien los lazos de una justicia que reconozca los derechos de todos; colocar sólidos cimientos de responsabilidad compartida, ya que sin ellos la verdadera libertad es imposible.

Un desarrollo nunca puede ser auténticamente sostenible si no se ofrece a todos la oportunidad de participar en él. Si en el fruto y en el proceso del desarrollo no tienen cabida los pobres, esa dinámica de progreso será un deplorable engaño. El desarrollo tiene que ser, cuando menos, una oportunidad para los más desfavorecidos. Es decir, que sin una obra de la justicia social, no se puede pensar en una cultura globalizada en la que se supone la participación de todos en una justa redistribución de la riqueza, no sólo económica, sino educativa, política, jurídica, etc. De lo contrario, el poder del saber oprime al ignorante, la tiranía y el despotismo ahogará la democracia, la impunidad será más fuerte que el reconocimiento del derecho.

5. *La integración como remedio*

Juan Pablo II, en la encíclica *Centesimus annus* aboga por establecer prioridades y las escalas de valores, sobre cuya base se deciden las opciones económicas y políticas. Un desarrollo de dimensión humana integral y fundado en una vida digna, que haga crecer efectivamente «la dignidad y la creatividad de toda persona, su capacidad de responder a la propia vocación y, por tanto, a la llamada de Dios. El punto culminante del desarrollo conlleva el ejercicio del derecho-deber de buscar a Dios, conocerlo y vivir según tal conocimiento» (CA 28,29).

Se ha querido ver en la integración el remedio y la cautela para un verdadero desarrollo humano y social. Integración laboral (casi inmediata), social (difícil), económica (deseable), cultural (imposible), religiosa (diálogo de vida), educativa (espacio privilegiado), generacional (problemática), política, etc.

Más habrá que estar muy atentos para que lo multicultural, más que un valor de enriquecimiento, no se convierta en un proceso que conduzca al amorfismo y a la claudicación de la identidad. La integración no puede ser menos que la prestación recíproca de los mejores y más propios valores. Nada se pierde, lo bueno se comparte.

Un extraño fenómeno de corrupción ideológica se ha adueñado de la mente de no pocos pensadores sobre el misterio de Dios y de la vida cristiana. Se tiene tal visión negativa de la realidad que ignoran la verdad y, lo que es peor, creyendo que el pensar de una manera más lógica y objetiva es casi alienación. Reconocer la presencia del bien es para estos razonadores poco menos que una declaración de inutilidad intelectual, de herejía mental.

Se han estrechado de tal manera los horizontes, en algunas zonas del pensamiento, que parece como si no hubiera más salida que el determinismo fatalista, en el que se niega la misma continuidad de la historia. En

muchos casos, lo que en realidad es hacer añicos la misma verdad, declarando estado universal lo que es simple parcialidad. El partidismo se adueña de la cátedra de la verdad y se enseña solamente la parte que a un sector le interesa presentar.

Según Julián Marías, «no hay recetas para la solución de los inmensos problemas pendientes en el siglo que está empezando. Pero es claro que hay algunas condiciones que pueden permitir el acierto. La primera, el uso del pensamiento. La segunda sería el distinguir de personas. En tercer lugar, la exigencia de calidad en todo. Hay amenazas permanentes, como la tendencia a la impunidad, la perturbación de instituciones fundamentales como la Justicia. Sobre todo, la raíz de casi todo esto: la despersonalización, la reducción del hombre a “cosa”, la obturación de todo horizonte. El mundo está lleno de cosas, y es indicio de una admirable prosperidad, que debería poder extenderse a todos mediante algunas condiciones exigidas. Lo malo es que las mentes están también llenas de cosas, apenas se piensa más allá que en ellas, y cuando muchas personas se miran al espejo no ven más que lo que tienen de cosas y ni siquiera sospechan quiénes son» (ABC, 30-12-01).

La historia, que en nuestro caso es la historia de la salvación, no sólo no se detiene, sino que cada día va penetrando más en el mundo hasta la consumación de todo en Cristo. Si esa historia y su dinamismo interior, que es el del Espíritu, quiere negarse, el resultado es la aparición de un abismo inmenso en el que nunca se van a encontrar razones para vivir y motivos para esperar.

Ante tal vacío, vino la disgregación. Unos se fueron por el camino del fundamentalismo, buscando seguridad en lo inapelable, no de Dios, sino de su afán de normativa intransigente. Otros, se abrazaron a la ideología e hicieron de ella mística y bandera; la revelación se cambió por el manifiesto y la esperanza por una utopía horizontalista. La secularización se llevó a la mayor parte y la vida cayó en la indiferencia y en el inmediateísmo. Pero, gracias a Dios, y como el sembrador no era un inepto, la mayor parte encontró buena tierra y el fruto está asegurado.

Se necesitan verdaderos pensadores cristianos. Maestros y teólogos, investigadores de la verdad que nos ayuden con su inteligencia a encontrar a Dios, también a través de las realidades de este mundo. La ignorancia secuestra la verdad y el orgullo la prostituye en el propio beneficio de la vanidad.

Entre esas coordenadas de secularización, fundamentalismo e indiferencia, puede encontrarse la cultura globalizada de la que venimos hablando. Pero, ni huir de este mundo ni claudicar ahogando todo el bagaje de una civilización cristiana en una turbulencia, que ni es mayor que la de otros momentos de la historia, ni imposible de sobrepasar.

6. Valores cristianos universales

Ser cristiano es una manera de creer en Dios, de pensar, de vivir, de trabajar, de compartir, de ser coherente con unos criterios morales y unas motivaciones personales y religiosas.

Aceptar el cristianismo en toda su realidad, con sus ineludibles dificultades de presencia en una sociedad plural y secularizada, pero recibiendo y poniendo en práctica los incuestionables valores de la cultura, de la historia de la salvación cristiana. Entre los más esenciales aquellos que fundamentan y que regulan la existencia del seguidor fiel de Jesucristo: aceptación de la fe (kerigma), relación y vida en una comunidad fundada por Jesucristo y en la que está presente el mismo Señor (koinonía), que cimienta sus relaciones con los demás en el principio esencial del mandamiento nuevo del amor fraterno (diaconía), y que da testimonio de su esperanza ante el mundo (martyría).

A. La salvación realizada por Dios: el kerigma.

Contemplar a Dios y seguir, paso a paso, la historia que Dios ha realizado y las consecuencias que de esa acción divina se desprenden. No hay otro camino existencial para el creyente. Hablar con Dios y hablar de Dios.

Un discurso de Pablo y otro de Pedro. Pablo llegó a Atenas. Le llamó la atención un altar dedicado al Dios desconocido y aprovechó la oportunidad para ofrecer el anuncio del kerigma: lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar (Hech 17, 22-23). Habla de Dios como el que trasciende todas las cosas y que ha dado la vida a todo y que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros (Hech 17, 26-27) (*Fides et ratio*, 24).

«La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio. En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia, impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: ¿a quién enviar para anunciar el misterio de Jesús? ¿En qué lenguaje anunciar este misterio? ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Este anuncio -kerigma, predicación o catequesis- adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo. Sin embargo, no pasa de ser un aspecto» (*Evangelii nuntiandi*, 22).

Trata siempre el kerigma de anunciar públicamente la obra de salvación realizada por Dios con la muerte y resurrección de Jesucristo. Es la proclamación, a todas las gentes, del misterio pascual. El Espíritu Santo es quien inspira, dirige y alienta a poner en las manos y en el corazón de los hombres el mensaje del evangelio.

En forma alguna el kerigma es un simple relato histórico de acontecimientos pasados, sino que actualiza e ilumina la realidad presente, hablando del misterio, pero con el lenguaje que los hombres de cada época puedan entender, sabiendo bien que quien salva no son las palabras, los términos, sino la Palabra. Los espacios son tan diferentes como las situaciones en las que se encuentran los hombres. El kerigma tiene que hacerse presente entre los creyentes y entre los ateos, en la vida pública y en la interioridad de la familia, en el trabajo, en la escuela, en el diálogo con los creyentes de otras religiones, etc.

El contenido del kerigma es el anuncio del Reino de Dios. «Al resucitar Jesús de entre los muertos, Dios ha vencido la muerte y en él ha inaugurado definitivamente su Reino. Durante su vida terrena Jesús es el profeta del Reino y, después de su pasión, resurrección y ascensión al cielo, participa del poder de Dios y de su dominio sobre el mundo. La resurrección confiere un alcance universal al mensaje de Cristo, a su acción y a toda su misión. Los discípulos se percatan de que el Reino ya está presente en la persona de Jesús y se va instaurando paulatinamente en el hombre y en el mundo a través de un vínculo misterioso con él» (*Redemptoris missio*, 16). Y, como finalidad, llevar a la conversión y a ordenar de tal manera la existencia en pensamientos, actitudes y conductas que se llegue a la identificación con Cristo.

La asamblea particulares del Sínodo de los Obispos ha sido un medio providencial para que la Iglesia reflexionara sobre su presencia universal, sobre el anuncio del evangelio a todos los pueblos, sobre el encuentro con las diversas culturas. Las exhortaciones postsinodales de estas asambleas (América, África, Asia) son inestimables documentos sobre la presencia universal del kerigma. En la exhortación *Ecclesia in Africa* se lee:

«Como en Pentecostés, la predicación del kerigma tiene como finalidad natural llevar a quien escucha a la metanoia y a recibir el Bautismo: “El anuncio de la palabra de Dios tiende a la conversión cristiana, es decir, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su evangelio mediante la fe”. La conversión a Cristo, además, “está relacionada con el bautismo no sólo por la praxis de la Iglesia, sino por voluntad del mismo Cristo, que envió a hacer discípulos a todas las gentes y a bautizarlas (cf Mt 28,19); está relacionada también por la exigencia intrínseca de recibir la plenitud de la nueva vida en él: “En verdad, en verdad te digo: -enseña Jesús a Nicodemo-: el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3,5). En efecto, el bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios, nos une a Jesucristo y nos unge en el Espíritu Santo: no es un mero sello de la conversión, como un signo exterior que la demuestra y la certifica, sino que es

un sacramento que significa y lleva a cabo este nuevo nacimiento por el Espíritu; instaura vínculos reales e inseparables con la Trinidad; hace miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia". Por lo tanto, un itinerario de conversión que no llegase al bautismo se quedaría a mitad de camino» (*Ecclesia in Africa*, 73).

Una traición al kerigma sería desencarnarlo de la realidad a la que debe llegar, suprimiendo el compromiso por la palabrería y olvidando la responsabilidad de transformar este mundo en Reino de Dios. Este es el mejor e incuestionable servicio que debe hacerse a la palabra de Dios y que ha de ofrecerse con la fuerza del testimonio.

Las consecuencias del kerigma no pueden ser otras que:

- Conversión del corazón y el asentimiento a la fe que se proclama.
- Hacer que llegue el mensaje a todos los ambientes y a todos los pueblos, sin tratar de reducirlo a la intimidad del que escucha, sino que le mueva a una conducta pública coherente.
- Sólo desde el convencimiento de que es el Espíritu Santo quien mueve y envía, el mensaje puede tener garantía de salvación.
- Sin el testimonio, la palabra quedaría adulterada. Sin la palabra, el testigo lo sería nada más que de sí mismo, no de Cristo.
- Hacer de los acontecimientos del presente verdadero espacio para anunciar en ellos el kerigma: la iluminación y salvación en Cristo.
- «Necesidad de una catequesis orgánica y bien ordenada, ya que esa reflexión vital sobre el misterio mismo de Cristo es lo que principalmente distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios» (*Catechesi tradendae*, 21).
- El kerigma suscita la búsqueda de las razones de creer, la experiencia de vida cristiana, la celebración de los sacramentos, la integración en la comunidad eclesial, el testimonio apostólico y misional (CT 18).

B. Koinonía: comunión y fidelidad

Ha sido considerado como uno de los conceptos más importantes y sobre los que más se ha reflexionado en la Iglesia conciliar y postconciliar. Se trata de la koinonía, de la comunión. «En la fracción del pan eucarístico, participando realmente del cuerpo del Señor, nos elevamos a una comunión con Él y entre nosotros mismos. "Porque el pan es uno, somos muchos un

solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (1 Cor., 10,17). "Así todos nosotros quedamos hechos miembros de su cuerpo, pero cada uno es miembro del otro" (Rom, 12,5)» (LG 7).

La comunión, *koinonía*, suele entenderse preferentemente como participación, sentimiento y unidad y misión común. Es una forma de ser, de estar y de actuar. El sentido más íntimo y profundo es el de la participación, por la gracia, en la misma vida divina. En la unión con Cristo y con aquellos que han sido llamados a la salvación por la obra redentora del mismo Señor.

¿Qué significa la compleja palabra "comunión"? Se trata fundamentalmente de la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta comunión tiene lugar en la palabra de Dios y en los sacramentos. El Bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión en la Iglesia, la Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana. La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, es decir edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia" (*Christifideles laici*, 19).

En la *Novo millennio ineunte* leemos: «La comunión (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de todos nosotros « un solo corazón y una sola alma. Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como "sacramento", o sea, "signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano"» (NMI 42).

Nada más lejos de la profundidad teológica del concepto que reducir la comunión a una visión técnica de organización, uniformidad, corporativismo, una sociedad de tareas, asociación con unos determinados objetivos, asamblea, incluso de simple comunidad.

Carisma, vocaciones y ministerios diversos, pero complementados en una misión evangelizadora corresponsable y participativa. Cada uno de los miembros de la Iglesia ofrece y recibe de los dones que el Espíritu da a la Iglesia. «El Espíritu mueve al grupo de los creyentes a "hacer comunidad", a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro, el día de Pentecostés, y las conversiones que se dieron a continuación, se forma la primera comunidad. En efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y la Eucaristía. Vivir "la comunión fraterna" (*koinonía*) significa tener "un solo corazón y una sola alma" (Hech 4,32), instaurando una comunión bajo todos los aspectos: humano, espiritual y material. De hecho, la verdadera comunidad cristiana, se compromete también a distribuir los bienes terrenos para que no haya indigentes y todos puedan tener acceso a los bienes

“según su necesidad” (Hech 2,45; 4,35). Las primeras comunidades, en las que reinaba “la alegría y sencillez de corazón” (Hech 2,46), eran dinámicamente abiertas y misioneras y “gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hech 2,47). Aun antes de ser acción, la misión es testimonio e irradiación» (RMI 26).

La comunión se vive como alabanza y señal de servicio a la obra de salvación de Dios, teniendo en cuenta que «es siempre el único e idéntico espíritu el principio dinámico de la variedad y de la unidad en la Iglesia y de la Iglesia». Como ejemplo, la primera iglesia de Jerusalén, que se describe en los Hechos de los apóstoles como perfecta unidad y compartiendo los bienes (Hch 2,42).

De todo ello se concluye:

- El cristiano «no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia» (CHL, 20).
- «Los pastores deben reconocer que su ministerio está radicalmente ordenado al servicio de todo el Pueblo de Dios; y los fieles laicos han de reconocer, a su vez, que el sacerdocio ministerial es enteramente necesario para su vida y para su participación en la misión de la Iglesia» (CHL, 22).
- La función magisterial no es tanto algo extrínseco a la verdad cristiana, ni algo sobrepuesto a la fe, sino que nace de la misma fe revelada.
- Vivir y promover una espiritualidad de comunión. Proponiéndola como principio educativo, pues espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano como uno que me pertenece; ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; saber dar espacio al hermano rechazando las tentaciones egoístas que engendran competitividad, desconfianza y envidias (NMI, 43).
- Acercamiento a las otras religiones. «La relación de la Iglesia con las demás religiones está guiada por un doble respeto: Respeto por el hombre en su búsqueda de respuesta a las preguntas más profundas de la vida, y respeto por la acción del Espíritu en el hombre» (RMI, 29).

- Acoger al Espíritu como a Aquel que promueve el verdadero dinamismo a la acción de la Iglesia.
- Para los consagrados y consagradas: «La santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria» (*Caminar desde Cristo*, 29).
- Valor de las comunidades multiculturales e internacionales, que están «llamadas a dar testimonio del sentido de la comunión entre los pueblos, las razas, las culturas», y en muchas partes son ya una realidad positiva, donde se experimentan conocimiento mutuo, respeto, estima, enriquecimiento. «Se revelan como lugares de entrenamiento a la integración y a la inculturación, y, al mismo tiempo, un testimonio de la universalidad del mensaje cristiano» (*Caminar*, 29).
- «En esta relación de comunión eclesial con todas las vocaciones y estados de vida, un aspecto del todo particular es el de la unidad con los Pastores. En vano se pretendería cultivar una espiritualidad de comunión sin una relación efectiva y afectiva con los Pastores, en primer lugar con el Papa, centro de la unidad de la Iglesia, y con su Magisterio» (*Caminar*, 32).

C. Diaconía de la verdad y de la caridad

Guerras que nadie puede comprender, emigraciones impuestas por el hambre, generaciones enteras casi en peligro de extinción por falta de lo indispensable para sobrevivir, propagación implacable de enfermedades, violencia y extorsión... Inmigrantes, ancianos, parados, enfermos incurables, drogadictos..., gentes olvidadas por la indiferencia o, lo que es peor, positiva, injusta y conscientemente colocadas fuera de los límites de la atención social, pero que están reclamando, no sólo esa tolerancia como respeto a su situación, sino eficaces gestos de ayuda y de reconocimiento a su incuestionable dignidad como personas.

Son muchas e importantes las razones que tenemos para poner en marcha los resortes más eficaces de la solidaridad. Sin embargo, ninguna motivación tan fuerte ni tan segura como el amor de Cristo. Un amor que nos impulsa a salir al camino y buscar a tantos hombres necesitados para hacer con ellos el imprescindible oficio del buen samaritano.

El amor y la caridad tienen su nombre y sus apellidos. Son los de las personas que sufren necesidad por cualquier motivo. No queremos hacer

teoría de la caridad. Lo nuestro es la fe. Y la fe sin obras de caridad es una fe muerta.

«Entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad, hay uno del cual es responsable de un modo muy particular: la diaconía de la verdad. Por una parte, esta misión hace a la comunidad creyente participe del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad; y por otra, la obliga a responsabilizarse del anuncio de las certezas adquiridas, incluso desde la conciencia de que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios» (*Fides et ratio*, 2).

Para nosotros resultan inseparables la solidaridad y el amor fraterno. Si nos sentimos unidos a los demás, no es por una simple razón de pertenencia a una comunidad humana que debe cohabitar en el mismo mundo, sino por el imperativo del mandamiento nuevo del amor que ha de distinguir a los discípulos de Cristo.

Amor universal, no sólo en cuanto a los destinatarios a los que ha de llegar la caridad, sino a quienes la han de practicar. Nadie está excluido de la obligación de amar a su prójimo. Ninguno puede quedar fuera de la bondad de Jesucristo que premiará lo que con él se hiciera. Los más pobres, no sólo son los que han de recibir más ayuda, sino también los que pueden devolver más amor, pues sólo con el amor a sus hermanos pueden pagar la bondad que reciben.

Hay unas motivaciones simplemente humanitarias, sociales, solidarias, basadas en la dignidad de la persona, en la justicia, en el destino universal de los bienes de este mundo. Todo ello constituye un valor muy grande y debe ser cimiento imprescindible en el que nos apoyemos. Todo ello es justo, pero hay que seguir adelante.

Como cristianos, y sin perder nunca esa consideración de la justicia, tenemos que avanzar más y considerar al otro, por muy diferente que sea, como un hermano, como un hijo de Dios. La tolerancia, así concebida, se convierte en virtud, pues expresa una manera de vivir el amor fraterno tratando de superar cualquiera de las barreras que levanta la diferencia.

Una verdadera y permanente actitud solidaria, unida siempre con el mejor sentido de la caridad cristiana, será la garantía de que la ayuda que se presta a los demás nace de un amor fraterno auténtico y está lejos de cualquier interés que no sea el de servir a Cristo en nuestros hermanos.

Cada uno de estos «criterios» de la caridad fraterna -justicia, dignidad de la persona, fe en Dios, ejemplo de Cristo- no sólo no son excluyentes sino que afianzan el amor fraterno. Quien sinceramente trabaja por la justi-

cia, encontrará en su camino el rostro del Señor. Quien se acerca a Jesucristo, oirá la urgencia de las bienaventuranzas y del mandato nuevo del amor fraterno. En justicia se puede y debe favorecer al que asisten derechos y leyes justas, pero nadie puede obligar a querer a nadie. Esto sólo puede hacerse desde el mandamiento nuevo del amor fraterno que hemos recibido del Señor. La justicia y la caridad se hermanan y ayudan. En forma alguna la caridad pretende ocultar las situaciones de injusticia, pero la sociedad será más justa en la medida en que se practique el amor fraterno.

Tendremos que estar muy atentos ante algunos equívocos que, con apariencia de solidaridad, están minando el verdadero espíritu de la justicia y del amor fraterno. Por ejemplo, se recibe más fácilmente la idea de la ayuda solidaria a los excluidos, que la acogida real a las personas. Se le quiere ayudar, pero desde lejos. Se está de acuerdo en la integración de quien llega, pero que no ponga su casa junto a la mía.

Sin amor fraterno, sin verdadera caridad cristiana, privaríamos a la solidaridad y a la justicia de unos grandes valores de estima a la persona, del sentido trascendente de las acciones y de la misma vida.

La caridad no puede quedar en ofrecer cosas, exige darse uno mismo, a ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. Pretender una solidaridad eficaz sin el reconocimiento real de los derechos que asisten a las personas, sin la práctica de la justicia, es quedarse en el discurso grandilocuente y vacío de una sociedad más justa, tolerante solidaria, con los derechos humanos olvidados, con la injusticia y el desprecio a lo diferente, con el desinterés por los excluidos en la sociedad.

Esta es la diaconía cristiana y estas algunas de las consecuencias que lleva consigo:

- Acercarse a los pobres, como lo más querido de Jesús. No son «los marginados», ni «la tercera edad», ni los «ludópatas», etc. No son un título, sino unos hombres concretos a los que ayudar con eficacia, sin menoscabar en lo más mínimo su propia dignidad humana.
- Un conocimiento objetivo de la situación, con datos precisos, teniendo en cuenta que se trata de personas a las que ayudar, no de números sobre los que discutir.
- Tener una gran sensibilidad para captar la verdadera necesidad de los hombres. No se trata de hacer lo que a nosotros nos guste, sino lo que ellos necesitan. Muchos manifiestos y proclamas, cintas y lazos, gestos llamados solidarios, aun respetando la buena intención de quienes los promueven, sirven más para la exhibición de una determinada ideología, que para la ayuda eficaz de quienes necesitan solución a su problema.

- Estar atentos a las nuevas formas de insolidaridad, con la evasión o el adormecimiento de la conciencia, que buscan coartadas y equívocos razonamientos sobre quién ha de recaer la responsabilidad. Es dejar de ayudar al que está lejos, porque hay mucha necesidad cerca. Cerrar la puerta al extranjero, porque hay poco sitio para los que ya estamos aquí. Buscar culpables, más que acudir con remedios, etc.
- Una constante referencia al Evangelio y a los comportamientos de Jesucristo. Nuestro amor fraterno tiene en Jesucristo su razón de ser. Queremos hacer lo que hizo Jesucristo: servidor de los pobres y salvador de todos.
- Una abierta y decidida opción por la caridad cristiana, es decir, que arranca de nuestra fe, que en ella tiene su fundamento, que en ella damos testimonio de nuestro amor a Jesucristo. No necesitamos ocultar nuestra identidad cristiana para ser eficaces y servir a los pobres.
- Tener siempre como base las exigencias de la justicia. El derecho de cada hombre a vivir con la dignidad que le corresponde no puede ser ni negociable, ni siempre artículo de una declaración de derechos fundamentales. Ayudar al hombre a ser lo que debe ser y a vivir como tal es obligación compartida de todos.
- Hacer que donde termine la justicia siga avanzando la caridad. El amor no se cansa, ni termina, pero ha de apoyarse sobre la base de los derechos que a los hombres les corresponden. Una caridad sin justicia sería un amor falso, paternalista, evasivo. Una justicia sin amor fraterno tiene un campo de acción muy limitado.
- Empezar nuevas formas de ayuda, descubriendo los vacíos y carencias a los que no se llega desde otras instancias. No se trata de subirse al estrado de lo vistoso, sino de acudir en remedio de quien necesita ayuda, aunque su problema no venda en imagen.
- Promover una verdadera educación para la caridad, bien programada, sistemática, con verdadero contenido catequético, positiva, liberadora, ajena a la creación de cualquier tipo de resentimiento.

D. Martyría: amoris splendor

«Este problema del cómo evangelizar es siempre actual, porque las maneras de evangelizar cambian según las diversas circunstancias de tiempo, lugar, cultura; por eso plantean casi un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar (...) El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que ense-

ñan es porque dan testimonio» (*EN*, 40,41). Estas palabras de Pablo VI no pueden tener mayor actualidad y vigencia.

En su expresión más original, el testigo es el mártir: una vida plenamente entregada a la verdad y que empapa toda la existencia y que lleva, a quien lo vive de esta manera, hasta las últimas y más generosas consecuencias. En el martirio del testigo fiel no cabe dicotomía alguna entre el ser y el obrar, entre el existir y el entregarse a la causa y razón de su misma existencia.

El testimonio es manifestación, lenguaje, comunicación. Se aprecian en signos visibles, en los que la coherencia entre lo que se dice y cómo se actúa pone de manifiesto la fidelidad y es garantía de veracidad.

En esa manifestación, ofrecimiento existencial del testigo, se trata de «convertir» al otro, no a la propia causa, sino a la de aquel en el que se cree, en el auténtico testigo fiel, en Jesucristo. Conversión que saca al hombre de sí mismo para convertirlo a su vez en testigo.

El eficaz lenguaje del testimonio ha creado una relación entre personas, que se vacían de sí mismas para ofrecerse mutuamente una recíproca credibilidad. Creo en tu capacidad de recibir y te anuncio lo que tengo. Creo en tu veracidad y acepto lo que me dices.

Pero el testigo ha de saber muy bien que si habla es porque ha sido enviado para hacerlo. «Creí y por eso hablé» (2Cor 4,13), dice San Pablo. Es una misión para compartir lo que se ha recibido y hacer que los demás participen en la salvación a la que todos han sido llamados. El testimonio tiene que provocar la respuesta de la fe y del bautismo.

«La Iglesia ha encontrado siempre, en sus mártires, una semilla de vida (...). Quizás estábamos demasiado acostumbrados a pensar en los mártires en términos un poco lejanos, como si se tratase de un grupo del pasado, vinculado sobre todo a los primeros siglos de la era cristiana. La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema. En ellos la palabra de Dios, sembrada en terreno fértil, ha fructificado el céntuplo (cf. Mt 13,8.23). Con su ejemplo nos han señalado y casi “allanado” el camino del futuro» (*NMI*, 41).

Cristo es el verdadero testigo, y con él los discípulos que le siguieron con fidelidad hasta la misma muerte. «El mártir, en efecto, es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y nada ni nadie podrá arre-

batarle jamás esta certeza. Ni el sufrimiento ni la muerte violenta lo harán apartarse de la adhesión a la verdad que ha descubierto en su encuentro con Cristo. Por eso el testimonio de los mártires atrae, es aceptado, escuchado y seguido hasta en nuestros días. Ésta es la razón por la cual nos fiamos de su palabra: se percibe en ellos la evidencia de un amor que no tiene necesidad de largas argumentaciones para convencer, desde el momento en que habla a cada uno de lo que él ya percibe en su interior como verdadero y buscado desde tanto tiempo. En definitiva, el mártir suscita en nosotros una gran confianza, porque dice lo que nosotros ya sentimos y hace evidente lo que también quisiéramos tener la fuerza de expresar» (*Fides et ratio*, 32).

No suele ser infrecuente que, en estos tiempos, muchos padezcan el síndrome de Jonás. Hay verdadero miedo y sentimiento de imposibilidad de dar testimonio de Aquel que nos envía. Algunos acontecimientos recientes, sobre la vida y la misión de la Iglesia, nos deben interpelar para hacer una seria reflexión sobre cuál sea nuestra misión y el modo de llevarla a cabo. Pero no se puede caer en unos morbosos sentimientos de victimismo, de persecución. Sí tomar conciencia de que vivimos en una sociedad secularizada y competitiva y tener en cuenta que la Iglesia es una conciencia crítica para la sociedad. Si hay una presencia pública, habrá una crítica pública. Huir de la autoflagelación y del síndrome de Jonás (huir de la misión y despreciar la institución a la que se pertenece). Sí aceptar la carga de la pertenencia y de la misión. Evitar dogmatismos y fundamentalismos de cualquier sentido (los más alejados de nosotros son los que más interés demuestran por nuestra «perfección y ejemplaridad»)...

Necesitaremos información (buscarla, estudiarla y ofrecerla), aceptar la corrección fraterna, una reflexión interna, revisar comportamientos, cambiar actitudes (sobra toda prepotencia y arrogancia). Humildad para conservar la fidelidad (la barca de Pedro no es una embarcación de lujo, ni un submarino invisible, es casi una patera...). Sinceridad para reconocer los errores y reparar los daños. Dignidad, para no avergonzarse de la Iglesia. Unidad (han quedado obsoletos todos los conceptos secesionistas y puritanos de Iglesia perfecta de base y pecadora de cúspide, de rebaño fiel y pastores apóstatas, de pueblo sencillo y clérigos altaneros...). Coherencia entre lo privado y lo público: el que quiere seguir a Cristo, tiene que confesarlo en la sociedad.

De unas y otras reflexiones se desprende en consecuencia:

- El testimonio no puede reducirse a una explicación de conceptos, a unos razonamientos lógicos, a una descripción de hechos acontecidos. La fe se hace vida y empapa toda la existencia.

- Si el testimonio es un lenguaje, los signos con los que se exprese deben ser reconocibles por aquellos que los escuchan. Es necesaria la actualización de lenguaje y el diálogo con la cultura en la que viven los hombres.
- El testimonio del cristiano no puede separarse de una relación eclesial. Habla de la fe de la Iglesia.
- «El mayor homenaje que todas las Iglesias tributarán a Cristo en el umbral del tercer milenio, será la demostración de la omnipotente presencia del Redentor mediante frutos de fe, esperanza y caridad en hombres y mujeres de tantas lenguas y razas, que han seguido a Cristo en las distintas formas de la vocación cristiana» (*TMA*, 37).
- Solamente puede ser testigo aquel que verdaderamente ha sido llamado por Dios para serlo. El martirio es una gracia que el Padre concede por el Espíritu.

Conclusión

Valores cristianos en una cultura globalizada. Aquí, y para terminar, también podríamos añadir, y junto a esas términos clásicos de *kerigma*, *koinonía*, *diaconía* y *martyría*, uno siempre actual: *kairós*. Es el momento de Dios. El tiempo de la gracia en favor del Altísimo. Que es el tiempo de la encarnación del Verbo y de la resurrección de todas las cosas en Cristo. Maravillosa *anástasis*, que lo puede llenar todo de esperanza.